

FRANCIA Y LA GEOPOLÍTICA ALEMANA: UNA «RECONSIDERACIÓN» DE HAUSHOFER

por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Antonio TRUYOL SERRA*

Nuestra época es época de revisiones, como lo es de «relecturas», por usar un término hoy en boga. Revisiones, la más espectacular de las cuales es desde luego la que ha conducido al desplome del régimen comunista en el espacio euroasiático donde imperaba desde hace siete décadas, pero que se extienden también a otros sectores, como la historia intelectual de nuestro continente. Uno de ellos va a ser objeto de nuestras consideraciones. Me refiero al de la geopolítica alemana, encarnada, como es sabido, en la figura de Karl Haushofer (1869-1946).

Como también es sabido, la geopolítica, ciencia de este siglo, vino, a partir de la Primera Guerra mundial, por obra del politólogo sueco Rudolf Kjellén (1846-1922)¹, a sumarse a la geografía política, sistematizada unos veinte años antes en la obra de Federico Ratzel (1844-1904) así titulada (Munich, 1897), en el estudio de las relaciones mutuas existentes entre la sociedad política, en cuanto localizada en el espacio, y el medio como tal; o, en otros términos, las relaciones de los agentes geográficos (suelo, relieve, clima, vegetación etc.) con el Estado.

No es esta la ocasión de establecer la diferencia entre ambas, no siempre idéntica en unos y otros autores. Baste señalar que es ampliamente admitida la que considera la geopolítica como la geografía política aplicada. Esta era la que adoptara, sobre las huellas de Otto Maull, el profesor Manuel Terán, en el curso para gra-

* Sesión del día 2 de noviembre de 1993.

¹ Especialmente en su libro *Staten som Lifsforn*, Estocolmo, 1916, que fue traducido al alemán el año siguiente en Leipzig.

duados que dio, en el año académico 1935-36, en el Instituto de Estudios Internacionales y Económicos de la Fundación Nacional para Investigaciones Científicas (en la calle del Duque de Medinaceli, 4 o 6), el primero dado en España, que yo sepa, sobre la materia; curso del que fui alumno, recién terminada la carrera de Derecho (y quiero aprovechar la ocasión para dedicar un entrañable recuerdo al profesor, luego colega y amigo, que con él me inició en estas disciplinas).

Según la distinción en cuestión, la geografía política será una ciencia pura y desinteresada, esencialmente descriptiva; y la geopolítica, la que extraiga de aquélla las reglas que permitan (v. gr. al estadista) actuar en consecuencia. Se configura en definitiva la geografía política como una disciplina de carácter estático, situada en el marco de la ciencia geográfica, y la geopolítica, como una disciplina de carácter dinámico, enmarcada en la ciencia política. Resulta obvio que sobre esta base la geopolítica es susceptible de una politización más acusada. En todo caso, tal distinción ha sido la predominante en la doctrina alemana.

El origen sueco-alemán de la geopolítica hizo que, mientras el nuevo vocablo se generalizó, por no decir popularizó, rápidamente en el área cultural germánica, su admisión encontró resistencias en Francia y en Gran Bretaña, donde se prefería hablar sin más de geografía política cuando no se la diluía en la geografía humana, más amplia. La palabra se acogería finalmente en ambos países, entrados los años treinta. Así, en Francia, Jacques Ancel, crítico severo, por lo demás, de la geopolítica alemana, la hizo suya —y ello era significativo— en el propio título de un libro que llamó la atención (*Géopolitique*, París, 1936): una recepción que, según Terán, se hacía para «no dejar acaparar este término por la ciencia alemana», pero que también obedecía, a juicio de un compatriota suyo de hoy, al propósito de diferenciarse de la escuela de la geopolítica francesa, tal y como la entendía por aquel entonces André Siegfried, por cuanto ignoraba las pulsiones que la geomorfología y el medio humano y físico pueden suscitar en los Estados o en algunos de ellos². Lo cual suponía, para Terán, el reconocimiento de que eran aceptables algunos de sus postulados, unido al deseo de universalizarlos.

Ya hemos entrevisto, por lo dicho hasta ahora, una oposición de principio entre la geopolítica alemana, de un lado, y la europea occidental (esencialmente francesa e inglesa) pero también la norteamericana, de otro. Esta oposición no podía menos de agudizarse tras la subida de Hitler al poder y a lo largo de la Segunda Guerra mundial. La geopolítica alemana, con Karl Haushofer a la cabeza, fue acusada de haberse puesto al servicio del nacionalsocialismo y justificar su política expansionista. Es más, la geopolítica misma fue puesta en acusación como ciencia, y su nombre, evitado, o, significativamente, usado en alemán (*Geo-*

² Pierre M. Gallois, *Géopolitique. Les voies de la puissance*, París, Plon, 1990, p. 29.

politik), para aislarla con respecto a la geografía política o la geopolítica que se cultivan fuera de Alemania.

Las exposiciones de geografía política o geopolítica occidentales son unánimes al respecto. Ya la geopolítica alemana de los años veinte era tachada en general de ser determinista, organicista y nacionalista en lo doctrinal, si bien se reconocía la calidad científica de la *Zeitschrift für Geopolitik*, fundada, como veremos, por Haushofer, y a la que colaboraron autores no alemanes, entre ellos, con algún artículo polémico, el ya mencionado Jacques Ancel. El advenimiento del nacionalsocialismo agudizó la oposición. Así, en 1934, Albert Demangeon denunciaba la geopolítica del país vecino como una «máquina de guerra al servicio de los fines expansionistas de Alemania»; y Jacques Ancel, en 1936, afirmaba que «la geopolítica suministra armas al hitlerismo».

El juicio negativo se hace más contundente, si cabe, a raíz de la Segunda Guerra mundial, por la supuesta colusión, ahora vista como más inmediata, con los objetivos bélicos del nacionalsocialismo. Así, en plena guerra, el más destacado de los geógrafos norteamericanos del momento, Isaiah Bowman, contraponía la auténtica geografía política a su falsificación alemana.

En 1952, Jean Gottmann, autor de un excelente libro sobre la política de los Estados y su geografía, en un severo balance de la obra de Haushofer y en general de la geopolítica alemana, llegaba a afirmar que dicha geopolítica, con sus elucubraciones dogmáticas, iba incluso más lejos que los responsables de la política exterior del Tercer *Reich*, cuyo «buen sentido político se atenía a las reglas más antiguas del juego político»⁴.

En el artículo sobre F. Ratzel de la *International Encyclopedia of the Social Sciences* (1968), por otra parte, Martin W. Mikesell acusa a Haushofer y su escuela de haber convertido las concepciones del gran geógrafo alemán del siglo XIX en una «ideología política», y su doctrina del «espacio vital» (*Lebensraum*), en la «justificación pseudo-científica de una expansión nacional»⁵.

El descrédito de que fuera objeto la geopolítica alemana explica en parte el eclipse de la geopolítica misma en los decenios que siguieron la Segunda Guerra mundial. Pero a esta causa se unió otra, derivada de la situación de guerra fría y de equilibrio nuclear entre los Estados Unidos y la Unión Soviética —el llamado «equilibrio del terror»— en el mundo bipolar al que aquella diera lugar. Fue la época del «análisis operacional» y de la teoría de los juegos, que buscaba ante todo la racionalización de las posturas de defensa, un lenguaje común con el adversario y el control de los armamentos (*arms control*).

⁴ *La politique des Etats et leur géographie*, Paris, 1952, p. 60.

⁵ Tomo 14, p. 328.

Ultimamente, sin embargo, se ha venido produciendo una «renovación», casi cabría decir una «primavera» de la geopolítica, especialmente en los Estados Unidos; renovación evidenciada, de entrada, por el uso corriente, y sin reservas ya, del término «geopolítica» (así como del adjetivo derivado, «geopolítico»). Esta evolución se produjo también en Francia. En 1955 se incluyó en la colección «Que sais-je?» (con el número 693) una *Géopolitique et Géostratégie*, de Pierre Célérier —hecho que me parece sintomático, dado el carácter de esta colección, cuyo conjunto representa una hazaña intelectual y editorial por la que no oculto (sabiendo lo difíciles que son las síntesis que ofrece) mi más profunda admiración.

Un paso decisivo en este proceso ha sido, en el vecino país, la traducción, en 1986, por André Meyer, bajo el título *De la Géopolitique*, de una selección de escritos de Karl Haushofer, precedidos de un prefacio de Jean Klein y una introducción de Hans-Adolf Jacobsen. Porque esta publicación constituye sin duda alguna un giro en la valoración de nuestro autor y de su obra.

En verdad, este giro venía en cierta medida anunciado por algunas matizaciones aportadas con anterioridad a la imagen estereotipada de la escuela de Haushofer. Así, en el citado libro de Célérier, después de referirse éste a ciertos «préstamos» tomados de dicha geopolítica por algunos autores norteamericanos entre las dos guerras, y a la reacción producida como consecuencia de los acontecimientos que en 1942 implicaron a los Estados Unidos en la guerra, dice de esta reacción que «naturalmente», fue «excesiva», pues «todo lo concerniente a la geopolítica se convirtió, para los americanos, en algo subversivo y casi satánico» (p. 18). Y en la también ya citada *Enciclopedia internacional de Ciencias sociales*, señala otro articulista, Harold Sprout, que el reproche dirigido por muchos a Haushofer, de «haber contribuido significativamente a la estrategia de conquista de Hitler», se hizo acaso erróneamente (*perhaps mistakenly*), añadiendo: «Por haber explotado algunos alemanes» —no deja de resultar significativa esta referencia a «algunos»— «el concepto de *Lebensraum* y otras ideas geopolíticas para fines agresivos, muchos, en América y en otras partes, llegaron ilógicamente a la conclusión de que cualquier mezcla de geografía y política tiene que estar infectada de guerra y conquista», por lo que geógrafos y politólogos se devolvían unos a otros la geopolítica como parte de la disciplina ajena. «El tiempo ha borrado las odiosas connotaciones políticas de la geopolítica», y «el término ha adquirido incluso cierta respetabilidad, especialmente en el contexto de los análisis de defensa militar»⁵.

La publicación francesa que aquí nos ocupa es rotunda, y no parece excesivo ver en ella en cierto modo una «rehabilitación» de Haushofer y de su geopolítica.

⁵ Tomo 6, p. 121.

El prefacio de Jean Klein es como una *mise au point* (nunca mejor dicha la cosa que en francés) del expediente, del *dossier* Haushofer. Se evoca en él el descrédito que pesara sobre la geopolítica de Haushofer; un descrédito que, por su relieve en el marco de la geopolítica alemana, recaía también sobre ésta. «La leyenda» —palabra asimismo significativa— «quiere que Karl Haushofer asumiera una responsabilidad mayor en la inspiración y la ejecución de la política exterior del Tercer *Reich*». Se admite sin ambages que las tesis del geopolítico de Munich sobre el espacio vital y las fronteras movientes confluían con el expansionismo territorial alemán en Europa y, hasta la destrucción del Estado checoslovaco, no se distinguían mucho de las concepciones de los dirigentes nazis. Ello explica el que se estableciera un vínculo entre la geopolítica alemana y el nazismo y que la exigencia de la «defensa de las democracias» no permitiera un «juicio equitativo de la obra de un hombre que había tenido varias veces ocasión de poner de manifiesto su independencia intelectual pero seguía ejerciendo funciones oficiales y parecía gozar de los favores del poder»⁶. Añade Klein, adelantándose a un análisis de las doctrinas de Haushofer, que hoy sabemos que mantuvo a lo largo de su vida relaciones difíciles con los nazis. Por de pronto, no aprobaba las conquistas en el Este, porque su preocupación primera era la promoción del *Deutschtum*, que Klein traduce por «reunión bajo una única autoridad de las poblaciones alemanas dispersas en Europa», y estas conquistas, una vez incorporados al *Reich* los alemanes de los Sudetes, rebasaban aquella meta. Por otra parte, Haushofer propugnaba, como vamos a ver, la creación de un «bloque continental» euroasiático que incluyera a Alemania, Rusia y Japón, cual elemento estabilizador de las relaciones internacionales, y es obvio que las conquistas en el Este asestaban a su proyecto un golpe fatal⁷.

Con ello, Klein lleva el debate a una profundidad que no había alcanzado antes. Y lo hace, fundándose en el conocimiento que de Haushofer y su obra poseemos hoy, gracias a la biografía de Haushofer, que Klein no duda en calificar de «monumental», en dos volúmenes (de 660 y 929 páginas respectivamente), debida a Hans-Adolf Jacobsen, autor, precisamente, de la introducción a los textos traducidos. Disponemos ahora, por consiguiente, de una información completa y contrastada sobre una personalidad sumamente compleja y una producción cuya amplitud y variedad no dejan indiferente. Pero importa destacar que estamos lejos de una hagiografía, pues no se ocultan, antes al contrario se subrayan, junto a cualidades del biografiado comúnmente reconocidas por cuantos le conocieron, defectos o debilidades que en él se dieron y que en parte explican en último término, con el momento histórico, la tragedia de su vida.

⁶ J. Klein, prefacio a K. Haushofer, *De la Géopolitique*, trad. de l'allemand par André Meyer, París, Fayard, 1986, pp. 9-10.

⁷ *Loc. cit.*, p. 10.

Porque la vida de Haushofer y de los suyos fue finalmente una vida trágica. Nada, en principio, autorizaba a preverlo. Nacido en Munich, hijo de un profesor del Instituto Técnico Superior, su familia podía remontar la estirpe de sus antepasados hasta el siglo xiv. Contrajo un matrimonio feliz con la hija de un jurista y comerciante de Mannheim, Martha Mayer-Dose, que sería para él a lo largo de su vida a la vez certera consejera y colaboradora eficaz. Siguió la carrera militar, que se vio dificultada por una salud precaria. Una estancia de año y medio en Japón, en misión oficial (1908-1910), tuvo en su formación una influencia decisiva. Dio lugar a su primer libro, *Dai Nihon*, e hizo germinar en él una de las ideas centrales de su pensamiento geopolítico ulterior: la de la conveniencia de una alianza germano-ruso-nipona. En esta misma línea está su permanente interés por los problemas del Pacífico, de los que fue especialista reconocido, y su previsión de la importancia creciente de esta parte del mundo en la política internacional. Al término de la Primera Guerra mundial, habiendo alcanzado el grado de general, decidió seguir la carrera universitaria.

La guerra había hecho madurar su interés por los temas de la geografía en su relación con la política. Había leído *El Estado como forma de vida* de Kjellén, recién aparecido. Tras haberse doctorado en Filosofía y Letras, fue nombrado *Privatdozent* (1919) y luego catedrático (1933) de la Universidad de la capital bávara, en la que dirigió el *Institut für Geopolitik* y fundó y dirigió durante veinte años la revista *Zeitschrift für Geopolitik*, a la vez respetada y discutida en el ámbito científico y político, más allá de las fronteras de Alemania. Estuvo desde entonces absorbido por una actividad docente e investigadora intensísima, de la que dan fe sus numerosas publicaciones, entre ellas las monografías sobre la geopolítica del Pacífico, las panideas (o los panismos) y las fronteras, junto a muchos artículos en su revista y fuera de ella.

La actividad universitaria de Karl Haushofer se sitúa, en sus dos etapas de *Privatdozent* y de catedrático numerario, en el marco de la República de Weimar y el del nacionalsocialismo. Pero sus obras más importantes corresponden a la primera. Así, la *Geopolítica del océano Pacífico*, ya en 2.^a edición en 1927; *Las fronteras. Su significación geográfica y política* (1927); la *Geopolítica de las panideas* (o *de los panismos*) (1931); su colaboración, con Erich Obst y Hermann Lautensach, en la obra colectiva *Elementos para una Geopolítica* (1928). El pensamiento geopolítico de Karl Haushofer estaba, pues, ya plenamente elaborado cuando subió al poder el nacionalsocialismo, en 1933.

No cabe aquí una exposición detenida de dicho pensamiento, sino tan sólo señalar sus rasgos más destacados y su eventual coincidencia no sólo con el del nacionalsocialismo, sino también con la práctica político-internacional de éste; pues la relación de la geopolítica de Haushofer con la teoría y la práctica hitlerianas al respecto, es lo que en la valoración global de aquélla se ventilaba. Por lo demás, nos atendremos al balance hecho por Jean Klein y Hans-Adolf Jacobsen, por la relevancia que tienen para el tema de nuestras consideraciones.

La concepción geopolítica de Haushofer se caracteriza por lo que cabría llamar su «vocación práctica», su afán por informar la realidad. Un aspecto de esta vocación práctica es la preocupación pedagógica, tendente a difundir los principios geopolíticos en la opinión pública, para sensibilizarla a los problemas de una situación internacional que condicionan el destino colectivo de la nación en su conjunto. Ello le parecía de especial alcance después de una guerra perdida y frente a potencias rivales que habían conseguido un reparto del poder mundial del que Alemania no podía dejar de participar, pese al intento frustrado de abrirse su camino hacia él.

Es innegable el anclaje del pensamiento geopolítico de Haushofer en el nacionalismo alemán del siglo xix, y no lo es menos su entronque con el pangermanismo. Este, fruto en buena parte de las vicisitudes de la historia alemana, en la que las ideas de nación y Estado han discurrido por cauces distintos, aspiraba, tal y como lo entendía Haushofer, a reunir finalmente bajo un mismo poder político, o sea, en un mismo Estado, a los alemanes que quedaron fuera de las fronteras del Estado bismarckiano.

Este objetivo era tanto más imperativo para Haushofer después del Tratado de Versalles, que había incrementado el número de estos «alemanes de fuera». Esta referencia al Tratado de Versalles se impone, a mi juicio, dadas las circunstancias de su imposición (por vez primera en la historia diplomática europea, sólo hubo negociaciones entre los vencedores, quedando excluidos los vencidos). También se impone esta referencia por la situación creada por el Tratado, que había reducido notablemente el territorio de Alemania, reduciéndola a la categoría de los *have not*, según expresión de un colaborador del presidente Wilson. La obra de Haushofer, por otra parte, se inserta en la línea del romanticismo alemán, «y atestigua las aspiraciones metafísicas de un pueblo que ha cedido a menudo a la tentación de lo absoluto y se ha complacido en un modo de pensar que recusaba la herencia del Siglo de las Luces». Se advierte en efecto en Karl Haushofer una desconfianza con respecto a la democracia parlamentaria de tipo anglosajón, un rechazo de la civilización industrial y una sensibilidad muy viva en cuanto a los problemas de la identidad nacional, temas específicos del conservadurismo alemán en los siglos xix y xx. No es, pues, sorprendente percibir convergencias en el proceso de los teóricos de la geopolítica y de los doctrinarios del nazismo, puesto que los dos tomaban su inspiración en un fondo común y que la revisión del «*Diktat*» de Versalles pudo servir para cubrir la política de expansión de Alemania sin suscitar una oposición caracterizada hasta 1937⁸.

Por lo demás, Haushofer veía en la adecuación de los Estados a las naciones un elemento esencial de la paz mundial.

⁸ J. Klein, *loc. cit.*, p. 29.

De ahí la importancia del concepto del *Deutschtum*, al que antes nos hemos referido. Y aquí se advierte, a partir de una aparente coincidencia inicial de objetivos, un desacuerdo con la política de anexiones de Hitler, al que ya aludimos. Por un lado, no podía aprobarse el sacrificio que, para obtener la alianza de Italia, hizo Hitler de la población alemana de Tirol del Sur. Por otro, ¿cómo apoyar, después del *Anschluss* de Austria y la incorporación de los Sudetes a Alemania, las reivindicaciones sobre territorios poblados en su mayoría por no alemanes?

En relación con el complejo de estrechez territorial, de un «espacio vital» tenido por insuficiente, agudizado en la Alemania empequeñecida de Versalles, está sin duda alguna la adaptación que hizo Haushofer de la doctrina del *Heartland* de Halford J. Mackinder (1861-1947), expuesta principalmente en *The Geographic Pivot of History* (1904), según la cual la masa territorial euroasiática constituye un baluarte inexpugnable, que el cerco marítimo de los países anglosajones no puede rendir. Independientemente de las modificaciones que el propio Mackinder introdujo más tarde en su doctrina, a la luz de los progresos de la aviación y sus consecuencias estratégicas, Haushofer quería compensar la inferioridad de una Alemania encerrada en Europa mediante una alianza con Rusia (la alianza que Bismarck había logrado y que la Alemania guillermina no renovarían) y con Japón. Haushofer no juzgaba insuperable el obstáculo constituido por la ideología de la Unión Soviética, con tal de que ésta renunciase a su programa de revolución mundial.

En todo caso se imponía, según Haushofer, una revisión del Tratado de Versalles. Esta exigencia era compartida ciertamente por Hitler, pero no sólo por él, en la Alemania humillada de la postguerra, ya que «entonces, la mayoría de los alemanes era revisionista, y Karl Haushofer no era una excepción»⁹. Pero observaba con razón el presentador de la obra que «el carácter aventurero de la política del Tercer *Reich* y su modo de operar no permiten concluir que hubiese una convergencia entre los proyectos de Hitler y de Karl Haushofer, el cual fue blanqueado por una comisión de encuesta aliada de cualquier participación en la empresa criminal de los nazis», añadiendo acto seguido una observación que muestra la ambigüedad de convergencias procedentes de orígenes distintos, cuya peculiaridad, más allá de la finalidad común, contribuyen a ocultar o desdibujar: «su designio es revelador del callejón sin salida en el que se metieron los conservadores alemanes por haber otorgado una confianza excesiva a Hitler, a quien consideraban como el hombre político capaz de satisfacer sus aspiraciones nacionales, siendo así que sus visiones del mundo estaban en los antipodas»¹⁰.

Otra diferencia importante entre los idearios de Haushofer y del nacionalsocialismo consiste en que Haushofer no compartía los prejuicios racistas de Hitler y no

⁹ *Loc. cit.*, p. 32.

¹⁰ *Loc. cit.*, p. 35.

consideraba la guerra como «la única partera de la historia»¹¹. Ocurre, sin embargo, que a la hora de incorporar al *Reich* las poblaciones alemanas que habían quedado fuera de sus fronteras o recabar el espacio indispensable para su existencia y su prosperidad, no cabe desconocer la semejanza de sus discursos, y esta semejanza contribuyó a que ambas posturas se confundieran a los ojos de los observadores del exterior y de sus propios conciudadanos, y Haushofer no puede eludir toda responsabilidad en lo que concierne el «condicionamiento», la «*mise en condition*» de sus compatriotas entre 1933 y 1940, dando a entender que los objetivos de los nazis correspondían a las «teorías» y las previsiones de los geopolíticos¹². Mas, por lo dicho antes, y aunque sea «en filigrane», las diferencias entre la geopolítica haushoferiana y el proyecto nazi son perceptibles. Y lo son por de pronto en cuanto este último se caracterizó por una desmesura que le resultó fatal, mientras Haushofer razona en términos de «política de poder» (*power politics*) tradicional, presintiendo los peligros mortales a los que se exponía la «nación alemana» al lanzarse a la conquista de la Unión Soviética. A juicio de Haushofer, la extensión territorial sólo se justificaba si se podía contar con una cooperación de los pueblos sometidos a sus nuevos dueños, cooperación que difícilmente cabía esperar de los pueblos eslavos afectados, por lo cual era hostil a la incorporación de territorios situados fuera de las fronteras de «civilización alemana» y reiteró las advertencias contra la guerra con la Unión Soviética¹³.

Las divergencias entre la geopolítica de Haushofer y el proyecto nazi se pusieron de manifiesto especialmente durante la Segunda Guerra mundial. Pero Jean Klein se pregunta si las relaciones de Karl Haushofer con los nazis no descansaron desde un principio sobre un malentendido fundamental: «por una parte, la geopolítica no inspiró verdaderamente a los dirigentes del Tercer *Reich*, que sólo recogían de ella lo que les convenía; por otra, Karl Haushofer no pasó de desempeñar un papel limitado en la elaboración de la política exterior de su país y se vio a menudo reducido a avalar acciones que en su fuero interno desaprobaba o cuya finalidad ignoraba»¹⁴. Un aspecto significativo de ello fue, como antes señalamos, su frustración en la defensa de la «germanidad», del *Deutschtum* —asunto al que Haushofer era especialmente sensible¹⁵— ante la opción de Hitler en favor de la conquista militar a costa de la acción psicológica y diplomática, y sacrificios a la razón de Estado como el de que fueron víctimas los alemanes del Tirol del Sur (aquí, en aras de la alianza germano-italiana)¹⁶.

¹¹ *Ibidem*.

¹² *Loc. cit.*, p. 36.

¹³ *Loc. cit.*, pp. 36-37.

¹⁴ *Loc. cit.*, p. 37.

¹⁵ Participó en la creación y el funcionamiento de instituciones como la Academia Alemana, la Asociación en pro del germanismo del exterior (*Verein für das Deutschtum im Ausland*) y el Consejo popular alemán (*Volksdeutscher Rat*).

¹⁶ Esta frustración le movió a dimitir, a fines de los años treinta, de sus cargos de responsabilidad.

En lo personal, las relaciones de Haushofer con los dirigentes del Tercer *Reich* fueron ambiguas, y en todo caso difíciles. Se llevaron a cabo especialmente a través de Rudolf Hess, al que le unía una estrecha amistad iniciada en las aulas universitarias, y el aspecto más destacado del papel de nuestro autor fue el relativo a la alianza con Japón, si bien los designios de Hitler y de la camarilla militarista nipona resultaron incompatibles con el establecimiento de un sistema internacional estable en el hemisferio norte, que Haushofer propugnaba¹⁷.

Un aspecto, de especial importancia para el régimen nazi, contribuyó asimismo a enturbiar las relaciones que con él hubo de mantener Haushofer: la cuestión racial. En el orden de los principios, no compartía Haushofer los prejuicios raciales de los nazis, aunque, como señala Jean Klein, fuera a veces sensible a los argumentos del antisemitismo político. En el de los hechos, su suegro era judío, y su mujer, por consiguiente, «no aria»; lo cual, una vez promulgadas las leyes raciales, motivó roces que la mediación de Rudolf Hess logró atenuar. Haushofer no dudó en algunas ocasiones en intervenir en favor de víctimas de la persecución.

Con el tiempo, en todo caso, las relaciones empeoraron, hasta el punto de restringirse incluso la libertad científica de Haushofer. Sus escritos fueron censurados, llegándose a prohibir la reedición de su libro sobre fronteras, a petición del gobierno italiano., por sus párrafos relativos al Tirol.

Los esfuerzos de Karl Haushofer en el sentido de alcanzar un arreglo con Inglaterra (que tiene que ver con el vuelo de Hess a este país) y las actividades de su hijo Albrecht, «que no participaba de las ilusiones de su padre»¹⁸ y caería víctima de la policía secreta nazi, la Gestapo, hicieron lo demás: una detención en Dachau y hostigamientos por parte de las autoridades alemanas, a los que siguieron, como veremos, los de los Aliados vencedores, desembocarían en el doble suicidio de Haushofer y su mujer, Martha, cuyo papel, en cuanto compañera solícita y eficazísima colaboradora científica, había sido decisivo en su vida y la elaboración de su obra.

El balance de Jean Klein al término de su prefacio resulta, ejemplarmente a nuestro juicio, sereno y matizado. La obra de Haushofer, según su presentador al público francés, «merece retener la atención a pesar de sus ambigüedades y de la explotación que de ella se hiciera bajo el régimen nazi». Es cierto que la «filosofía nacional-conservadora» a la que se adscribía el geopolítico de Munich le predisponía a convertirse en «el ensalzador de una nación alemana que no se definía tanto por querer vivir junta cuanto por criterios etnográficos». De ahí que fuese inevitable el choque con los geógrafos franceses como Jacques Ancel. Por otra parte, «es obvio que su proyecto sólo podía realizarse por la fuerza de las armas,

¹⁷ *Loc. cit.*, p. 38.

¹⁸ *Loc. cit.*, p. 39.

lo que no dejaría de suscitar, como en 1914, la coalición de todos los Estados hostiles a la emergencia de una potencia hegemónica en el continente europeo». Hoy, añade Klein, el problema no se plantea ya en estos términos. Pero en la medida en que la cuestión alemana permanece abierta¹⁹, entiende que no es ocioso meditar sobre el buen uso de la geopolítica a partir de la experiencia de Karl Haushofer. Ahora bien —añade— éste no se dedicó exclusivamente a la defensa y la ilustración del nacionalismo alemán, y su geopolítica del bloque continental y de Extremo Oriente renueva la visión que de él tenían los anglosajones. Además, tuvo la constante preocupación de abarcar el campo global de las relaciones internacionales y promover un conocimiento positivo de las realidades al objeto de facilitar las tomas de decisión. Si algunos reprochan a Karl Haushofer «su utilitarismo y su desprecio de las especulaciones abstractas», el prologuista de esta selección francesa de sus obras se inclina a ver en su enfoque «el signo de una humildad intelectual que es lo propio del sabio», entendiéndolo que si se negó a elaborar teorías y redactar un manual de geopolítica, es porque creía que no se daban todavía las condiciones de tal mutación²⁰.

La nacionalidad del autor de la «Introducción» a la selección en cuestión de obras de Haushofer, titulada «Karl Haushofer (1869-1946). Un esbozo biográfico», no es óbice a su inclusión en el examen de una visión francesa de la geopolítica de Haushofer, por compartir con Jean Klein su presentación. La semblanza de Haushofer que Hans-Adolf Jacobsen ofrece, resume cabalmente la que plasmó en los dos volúmenes, hoy ya clásicos, a que antes nos hemos referido, y permite hacerse una imagen del hombre Haushofer, de su coyuntura histórica y de su obra, que dejan huella en el lector y completan adecuadamente las consideraciones del prefacio.

Dice Jacobsen de Haushofer que, «profundamente anclado en la historia y en la tradición, marcado por una buena formación clásica, vivió, desde un principio en un estado permanente de tensión entre el sueño y la acción. Debió probablemente a su mujer el que permaneciese a menudo en equilibrio y no se abandonase únicamente al juego de la imaginación. Resulta así que la boda con Martha Mayer-Doss, hija de un jurista y comerciante de Mannheim, el 8 de abril de 1896, fue la decisión esencial y a la vez la más rica de consecuencias de su vida»²¹. Ya hemos descrito a grandes rasgos cual fuera ésta hasta el advenimiento del nacionalsocialismo. Añadamos aquí que, ya catedrático en Munich, se pensó en él para ocupar el decanato, pero la ascendencia «no aria» de su mujer parece que fue un obstáculo para ello, habiendo llegado a aconsejarle el síndico de la universi-

¹⁹ Klein escribió su prefacio antes de la reunificación, y hace referencia a la existencia de dos Estados alemanes; pero los términos muestran que no daba la división por definitiva.

²⁰ *Loc. cit.*, pp. 39-40.

²¹ *Loc. cit.*, pp. 44-45.

dad «corregir el árbol genealógico de su mujer (¿hija natural?) —una fórmula en boga, muy extendida con ocasión de la encuesta inquisitorial de arianidad— o divorciarse»²². Sea de ello lo que fuere, Hess prometió hacer lo necesario para evitar que Haushofer fuese elegido decano, y ello se consiguió.

El hecho es que «Haushofer, pese a una simpatía evidente por ciertas declaraciones que figuraban en el programa del partido (nacionalsocialista), no deseó nunca ser miembro del 'movimiento'»²³. Fue muy probablemente Hess quien facilitó algunas entrevistas entre Haushofer e Hitler en la época de la República de Weimar, pero nada se nos ha transmitido acerca de la reacción de Haushofer al respecto²⁴.

En cuanto a la relación de conjunto entre Haushofer y el nacionalsocialismo, Jacobsen hace hincapié en una «gran ingenuidad» de parte del geopolítico: éste pretendía ser «un hombre experimentado y consciente del sentido de la historia, pero tenía también una tan grande y pavorosa inconsciencia, que explicaba su negativa a admitir la existencia de ciertas cosas». Acaso no fuera ajeno a ello la influencia de Hess. A ésta se sumaba «el hecho de que Haushofer se dejaba impresionar por el boato del despliegue de la fuerza militar y la disciplina de las masas, y se revelaba extremadamente sensible a los honores, es decir, a las condecoraciones que podían compensarle de algunas injusticias»²⁵. Subraya asimismo Jacobsen la circunstancia de que únicamente la protección de Hess les ahorraba a él y a los suyos ataques desagradables y discriminaciones, lo cual creaba cierta relación de dependencia, que hay que tener en cuenta. De ahí que después del vuelo de Hess a Inglaterra Haushofer se retirase cada vez más a su vida privada de investigador²⁶. En realidad —confirma Jacobsen— el papel de Haushofer en las decisiones de la política exterior alemana entre 1933 y 1939 había carecido de una influencia notable. En varias ocasiones, pensó en dejar sus numerosas funciones y jubilarse del todo, dejándose persuadir cada vez en el último momento de no dar este paso, acaso por temor a un aislamiento político y por cierta vanidad²⁷.

Especial dramatismo adquiere el relato del final de la vida de Karl Haushofer y de su familia, una vez más ligado, más allá de cualquier intención o voluntad propia, al destino de la colectividad cuya grandeza propugnara y que se hundiría en una catástrofe sin precedentes. El hijo mayor del matrimonio, Albrecht,

²² *Loc. cit.*, p. 59.

²³ *Loc. cit.*, p. 65.

²⁴ Con respecto a una velada en que estuvo Hitler, en casa del editor Bruckmann, en marzo de 1927, anotó Martha Haushofer: «En casa de Bruckmann con Hitler. Mortalmente aburrido, pues había que escuchar con recogimiento la verborrea del 'gran hombre' que emitía las peores nimiedades y vaciedades. Velada completamente perdida». (*Loc. cit.*, p. 65).

²⁵ *Loc. cit.*, p. 72.

²⁶ *Loc. cit.*, p. 77.

²⁷ *Loc. cit.*, p. 75.

comprometido, sin que sus padres lo supieran, del lado del conde Stauffenberg, autor del atentado contra Hitler del 20 de julio de 1944, convirtió a Karl Haushofer en sospechoso. Después de una invasión de la finca familiar, el Hartschimmelhof, por tres funcionarios de la Gestapo, el 28 del mismo mes, fue detenido y llevado al campo de concentración de Dachau, en el que permaneció hasta el 31 de agosto. Ocupada Baviera por las tropas aliadas, hubo de someterse a varios interrogatorios sobre sus actividades desde 1919, sufriendo en mayo de 1945 dos arrestos. Su casa fue saqueada por soldados franceses. También destrozaron tropas aliadas la vivienda de Munich, con pérdida total de la biblioteca. El 6 de junio llegó la noticia de la muerte de Albrecht, asesinado por un tiro en la nuca de un verdugo de la Gestapo en la noche del 22 al 23 de abril. Habiendo dado un periodista francés al matrimonio la más amplia información sobre la dimensión de los crímenes del nacionalsocialismo, Martha no encontraría descanso en su desaliento. Haushofer fue llevado para un nuevo interrogatorio a un campamento de oficiales prisioneros, lo que agravó más todavía su moral. Curiosamente, encontró un alivio a sus desgracias en el contacto que con él estableció, en septiembre, el coronel norteamericano E. Walsh, catedrático de la Universidad católica de Georgetown (Washington), especialista en relaciones internacionales e interesado en la geopolítica, que le acompañó a Nuremberg para ser oído como testigo y careado con Hess, que por el motivo que fuese declaró no conocerle²⁸.

A su regreso al Hartschimmelhof, con Walsh, en octubre de 1945, Karl Haushofer, que esperaba ser ya definitivamente *«cleared and released»*, redactó para su colega y amigo de más allá del océano una memoria («Apología de la geopolítica»). Pero el estado de ánimo del matrimonio se degradaba más y más, dentro de un sentimiento de resignación. Un trato brutal por parte de otros soldados norteamericanos, y, en enero de 1946, la noticia de que le había sido retirada la autorización de enseñar en la Universidad de Munich, vinieron a ser como la última gota que colma el vaso. Nada puede sustituir el relato de su biógrafo para describir el final: En aquel momento, Martha y Karl parecían haber decidido juntos desde hacía tiempo, en su fuero interno, dejar la vida. Cuando en 1933 Martha había sido amenazada por la persecución antisemita nacionalsocialista, Karl había querido ligar su destino al de su mujer. Si algo le hubiese ocurrido a ésta, él habría sacado las consecuencias con ella. Ahora las condiciones se hallaban invertidas. La obra de su vida estaba destruida, sus ambiciones políticas habían fracasado completamente, su patria era ceniza y polvo y la Gestapo había asesinado a su hijo primogénito. Los interrogatorios y las vejaciones de las tropas de

²⁸ *Loc. cit.*, p. 80. El 14 de febrero de 1946, poco antes del suicidio del matrimonio, Ilse Hess escribió, al respecto, a Martha Haushofer: «Ya sabe Vd. ahora que ese día 9 de octubre Rodolfo sólo simuló. Debió ser muy difícil para él en cuanto a Karl, pero habrá tenido sus motivos, que no podemos ni conocer ni juzgar».

ocupación habían roto a este hombre de setenta y cinco años. El 9 de octubre, había sufrido un nuevo choque cuando su hijo adoptivo (Hess) no quiso reconocerle. Por otra parte, remordimientos continuos podían haberle atormentado. El mal estado de su salud y la retirada de la autorización de enseñar podían haber sido los últimos factores en su decisión de determinar él mismo la hora de su muerte. Pero la señora Martha estaba firmemente resuelta a compartir en adelante su destino con el de su marido. No había para ella otra solución. Queremos dejar en suspenso la cuestión de saber si Haushofer, en su manera de obrar, ha imitado ciertos ejemplos de grandeza de alma y de coraje de la muerte en Japón, como ha pretendido Douglas Hamilton²⁹. El doble suicidio de marzo de 1946 ponía así fin a dos vidas acopladas como pocas la una a la otra e indisolublemente enmarcadas en la apocalíptica tragedia de su pueblo en el siglo xx, en la línea de las tremendas sacudidas históricas de la «guerra de los campesinos» y la de los Treinta Años.

También la «apreciación» final de Jacobsen completa la de su copresentador de la selección de escritos de Karl Haushofer aquí reunidos. En lo fundamental, ambas coinciden ampliamente.

El balance de Jacobsen parte de una brillante evocación de la personalidad compleja y en algunos aspectos contradictoria de Karl Haushofer. Muchos de cuantos le frecuentaran podían caer bajo el hechizo de «ese sabio espiritual de una cultura universal, hombre de mundo, artista, de un saber casi enciclopédico y dotado de una memoria asombrosa, cuya manera inimaginable de trabajar y el ritmo de publicaciones imponían el respeto y la admiración», encarnación del oficial alemán que se había acreditado en la guerra, superior querido, buen camarada y con un saber especializado, animado de un alto ideal. Los mismos que le conocían apreciaban «las cualidades humanas de Haushofer, entre ellas su bondad, su amabilidad, su carácter caballeresco, unidos a su disposición individual a ayudar a los demás, su humor lleno de finura, su modestia personal, su aptitud para mantener una conversación rica en imágenes artísticas, su enraizamiento en el país y su hospitalidad, en una palabra, su incuestionable pureza, unida además a un claro y elevado sentido del deber para con la patria que entonces caracterizaba a un 'buen alemán'». Pero por todo ello, añade Jacobsen, quedaban ampliamente en la sombra otros aspectos, tan débiles como problemáticos, figurando entre ellos «su insuficiente conocimiento de los hombres en el ámbito político, su fuerza de imaginación exagerada, su confianza ciega que más de una vez le fue funesta, y un espíritu crítico insuficientemente desarrollado, además de su falso orgullo, que probablemente le impidió reconocer abiertamente cuanto en reiteradas ocasiones se había equivocado». Llamaba especialmente la atención

²⁹ *Loc. cit.*, p. 82.

en él la gran disparidad de sus declaraciones en la radio o en sus publicaciones y lo que lamentaba en privado, y su «complejo de vasallo» hacia el representante del *Führer*. Rasgos, estos, que según su biógrafo proceden del hecho de que en el fondo Haushofer «no tenía una verdadera naturaleza de luchador, sino más bien una naturaleza tierna, soñadora, a menudo sentimental, a veces incluso netamente infantil», hombre que se dejaba arrollar y sorprender, y que luego lo sentía y lamentaba amargamente, las más de las veces demasiado tarde: a lo cual se unía «cierta vanidad, una necesidad de hacerse valer y una debilidad por las distinciones exteriores que le hacían correr el peligro de corromperle». Esta magistral semblanza explica en definitiva que, como bien señala Jacobsen, Haushofer vacilase siempre, desde 1919, «entre el papel de un guía y el de un comparsa»³⁰.

Como ya señalara Jean Klein, insiste Jacobsen, apoyándose en el testimonio de Julius Schaub, uno de los ayudantes de campo de Hitler, en la escasa influencia de Haushofer sobre Hitler, el cual, conociendo la ascendencia judía de Martha Haushofer, se mostraba particularmente «prudente», y cuya «imagen del extranjero» estaba ya ampliamente fijada antes de su encuentro con Haushofer, al que vio unas diez veces entre 1922 y 1938. La reserva del *Führer* se convertiría naturalmente en rencor después del vuelo de Hess a Escocia. Por todo lo cual cabe concluir que «designar a Haushofer como el 'padre espiritual' de los fines de guerra nacionalsocialistas no es admisible»³¹.

Haushofer influyó ciertamente sobre uno de los principios esenciales de los nacionalsocialistas, según el cual «la historia es un combate vital de los pueblos por el espacio vital», y podía asentar a los tres primeros puntos del programa de 1920 del partido nacionalsocialista. Pero hay que decir lo contrario en cuanto al segundo principio decisivo de esta ideología totalitaria, para la cual sólo podía ser ciudadano quien sea de sangre alemana sin consideración de la confesión, pues implicaba que ningún judío podía ser ciudadano. «Haushofer —subraya Jacobsen— nada tenía que ver con la persecución criminal y organizada de los judíos y la 'solución final'». Lo cual no excluye en Haushofer algunos prejuicios contra las minorías y una antipatía evidente con respecto a los judíos, en la línea, sin duda, del «antisemitismo conservador» convertido en un elemento constitutivo del nacionalismo en la época del Imperio alemán, —un nacionalismo resultante sin duda «de la modernización y del pesimismo cultural imperante a fines del siglo xix, que desempeñaron un papel importante en particular en la burguesía culta», e implicaban «la crítica del influjo creciente de los judíos en la vida pública e intelectual así como en el mundo de los negocios ('antisemitismo de competencia')». Esta actitud no excluía en Haushofer (creemos que en coherencia con su

³⁰ *Loc. cit.*, pp. 83-84.

³¹ *Loc. cit.*, pp. 85-86.

principio de que el Estado debe corresponderse con la nación) cierta comprensión para el movimiento sionista⁵².

En relación con su situación familiar, Haushofer no creyó necesario informar a sus hijos acerca de su ascendencia hasta comienzos de los años veinte, cuando en su escuela aparecieron pegatinas con la inscripción «mueran los judíos». Con ello el antisemitismo se convirtió en tema de discusión hogareña, en incómoda interferencia del plano privado concreto y el plano intelectual general. La llegada al poder de los nacionalsocialistas agudizó el problema, por cuanto afectaba a la existencia misma de la familia y sólo podía resolverse con la ayuda de Hess. Por lo que atañe a la actitud de Haushofer ante la situación general al respecto, la describe Jacobsen en los siguientes términos: «Puesto al corriente tanto por los informes regulares de Albrecht como por las cartas de sus amigos y otros informadores, Haushofer estaba al corriente de la miseria creciente, del desamparo, de las intervenciones arbitrarias que conducían hasta las medidas que poco a poco desembocarían en el aniquilamiento de los judíos en Alemania. Es muy probable que sufrió ante esta evolución, tanto más cuanto su mujer, como persona considerada «inferior», era víctima indirectamente de ella. Pero practicaba sencillamente el juego de las compensaciones, acallando las vejaciones de agentes subalternos al recibir por ejemplo una distinción del *Führer*. Ayudó en la medida de lo posible a conocidos suyos judíos, pero ya a partir de septiembre de 1933 hubo de darse cuenta de su escaso éxito. «Durante la guerra, llegaron a su conocimiento confidencialmente las atrocidades y los asesinatos cometidos en Polonia y en otros países; además, fue testigo de las primeras deportaciones de judíos, sin que por ello su juicio sobre la esencia del nacionalsocialismo se modificara fundamentalmente. Todavía en el verano de 1940 se entusiasmaba ante los «elevados fines humanos» del *Führer* y de su representante. Luego llegó sin embargo el tiempo en que se resignó cada vez más y se calló. Sólo en el verano de 1945 conoció en toda su amplitud la política de exterminación nacionalsocialista.

En conclusión, señala Jacobsen que «si bien había diferencias notables entre las concepciones de Haushofer y la ideología de los dirigentes nacionalsocialistas, no cabe, con todo, negar el hecho de que en los años de 1933 a 1940 el geopolítico había (...) confortado la impresión de que la política seguida por la dirección nacionalsocialista estaba en concordancia con sus teorías y previsiones geopolíticas (habiéndose revelado exactas estas últimas) y que sus fines coincidían en gran medida con los de los nacionalsocialistas». Al mismo tiempo, es cierto que «entre la dirección nacionalsocialista y Haushofer había diferencias graves en la cuestión de las relaciones entre el fin y los medios, aun cuando estas diferencias sólo se hicieron patentes en el curso de la Segunda Guerra mundial». Coincidiendo casi en los términos con Jean Klein al respecto, que antes evocamos, subraya Jacobsen que «el

⁵² *Loc. cit.*, pp. 87-88.

geopolítico, cuyo pensamiento y acción —como en muchos de sus contemporáneos conservadores— habían sido profundamente marcados por el traumatismo del Tratado de Versalles (...), pensaba generalmente en las categorías de la tradicional política de fuerza de esencia imperialista». A la luz de éstas, «la lucha por el reconocimiento del valor mundial de la cultura alemana era una urgencia», y en este sentido «hay que admitir que consideraba como meta suprema hacer coincidir las fronteras del pueblo con las fronteras del Estado, al objeto de garantizar así para el porvenir la posición de gran potencia de Alemania. A decir verdad, lo que para él y sus discípulos podía justificar la culminación de la historia alemana, era para la dirección nacionalsocialista apenas algo más que una nueva etapa en el camino de la 'reorganización racial del continente europeo' (*«Reich gran-alemán»*). Cuando a partir de 1939 Hitler recurrió con creciente audacia a los medios de la violencia, Haushofer se sumió en una depresión total, porque temía una victoria de las «fuerzas mecánicas». El no había querido esto, no había querido en modo alguno una «dominación de las bayonetas» en Europa, una asimilación de elementos extranjeros ni una guerra contra la Unión Soviética que por lo demás contradecía su concepción de una alianza en torno al mundo entre Alemania, la U.R.S.S. y Japón»³³.

Las consideraciones finales de Jacobsen hacen reaparecer en todo su dramatismo una a nuestro juicio irreductible ambigüedad que asoma en la persona, la obra y la acción política de Karl Haushofer, y de la que él resultaría ser la primera víctima. Recoge nuestro biógrafo un patético texto de Haushofer con la desesperada pregunta: «¿Por qué rueda la tierra en medio de la sangre y las lágrimas, en un combate eterno, en vez de que el hombre muestre amor al hombre?». Según Jacobsen, Haushofer temía una respuesta franca a esta pregunta, y ello tanto más cuanto sus «profecías geopolíticas» se habían revelado completamente falsas. Y concluye: «Cualquiera que pueda ser el juicio futuro sobre el geopolítico, sigue siendo incontestable que Haushofer, con sus incesantes consignas de combate, contribuyó a preparar espiritualmente el terreno para la subida del sistema nacionalsocialista y a favorecer su credibilidad. Difícilmente podrá la historia absolverle de esta corresponsabilidad moral»³⁴.

El que, ante la caída por la pendiente del despeñadero, pusiese Haushofer su última esperanza en los sondeos secretos de su hijo Albrecht con vistas a la paz y al logro de un arreglo con Inglaterra, tenía que resultar ya vano. «La rueda de la historia ya no se dejó detener», comprueba el lúcido narrador de una existencia trágica. No tenemos más remedio que repetir el término una vez más, por adecuado. En cierto modo refleja, cual microcosmos en la esfera personal, el macrocosmos nacional, en dolorosa simbiosis.

³³ *Loc. cit.*, pp. 90-93.

³⁴ *Loc. cit.*, p. 93.